Yo agradezco este enfrentarme a concurrencia sorpresivamente tan numerosa, en la que, para acentuar más la honra y hacerla más inmerecida, distingo a tantos, tantos integrantes de otros partidos políticos. Yo sumo a esto mi gratitud por las palabras de los nuevos compañeros, testimonio generoso de que los comunistas uruguayos me reconocen como uno de los suyos. Y atento a que la mayoría de los auditores es más joven que yo, debo decir que viene de décadas mi amistad estrecha con militantes del Partido; estrecha porque se trabó en luchas por cierto no siempre fáciles por Sandino, contra la dictadura del año 33, a favor de la República Española, contra el fascismo y el nazismo posterior, contra el antisemitismo, por la causa aliada en la Segunda Guerra Mundial, contra la invasión de Guatemala, y después, claro está, hasta estos días, en defensa de la Cuba Socialista y del heroico pueblo de Viet Nam.

Durante tan dilatado lapso, a cada ocasión se constituyó con naturalidad un espontáneo frente sin exclusiones, que bien pudo suponerse interesado egoístamente, porque los comunistas, en todo, de inmediato hacíanse imprescindibles. Nadie más fervoroso, nadie más diligente, mejor dispuesto a cumplir a la vez que los más modestos

desempeños aquellos difíciles y hasta riesgosos que, debido a su peculiaridad, necesariamente permanecen desconocidos y privados, por ende, de atraer la estimación colectiva. Con comunistas yo tuve que sufrir los efectos de las primeras bombas de gases lanzadas en Montevideo por la policía. Y estuvimos juntos en sableadas de caballería, como la que llegó a profanar el féretro en brazos del pueblo de Julio César Grauert. Al principio mi admiración se proyectó sólo en particular; sobre personas, sólo. Después, conmovido, fui comprendiendo que mis ocasionales compañeros comunistas, naturalmente de temperamento, de condición social, económica, cultural tan diferentes entre sí, se comportaban en todas las circunstancias con idéntica ejemplaridad. Y ya para siempre mantuve una actitud de profundo respeto por un Partido cuya ideología, contrariara lo que contrariara principios políticos alentados en mí desde la cuna con los cantos de mi madre y ante las divisas de guerra de mis mayores —muchas, muchas hasta las de Carpintería—, conseguía sostener así, con semejante unidad colaboradora, tan compleja, dura militancia.

LA ATENCION COMUNISTA AL PASADO NACIONAL

Más tarde, en nuestro F.I. de L. precursor, el vínculo con militantes de toda condición me permitió, a la vez con asombro y enternecido, verificar el grado y la naturaleza de la atención comunista al pasado nacional; atención, desde el Francisco Pintos de la Vieja Guardia esclarecida por la luz, inexorable luz, del materialismo histórico. Y dije con asombro enternecido al justipreciar, por ejemplo, en sus realmente denodados especialistas en nuestra historia, cuánto tiempo, cuántos desvelos, cuánta vigilante paciencia entregados a papeles sepultados en el polvo de los archivos de todo el país, con el propósito de presentar sus testimonios a sus parciales, a los historiadores, al profesorado de la República y, muy, muy preferentemente a esas candorosas, pero no estultas; calladas, pero no mudas; aún en parte pacientes, pero no cobardes muchedumbres orientales.

Así, es gratitud nacional la que merece su decisiva contribución a enterarnos para siempre, para siempre y ya sin posibilidades de sórdida ocultación, por qué y cómo el vencedor de Las Piedras, el general cuyo encomio escuchamos entre charangas desde que éramos niños, es el silenciado estadista vencido por la reacción en su contra de 1830.

Advertí asimismo en ustedes, desde hoy mis camaradas comunistas, los resultados de lo único que da sentido moral a la cultura —y por lo tanto, la hace más que de ineludible necesidad; la hace deber imperioso: que el yo, naturalmente egocéntrico, predispuesto a reducirse cada vez más a sus propios límites, aprenda (hay que aprenderlo, y muy arduamente cuando no se ha nacido signado por la santidad y por el heroísmo), aprenda el yo, repito, a subordinarse a fin de que, con tal disposición de ánimo, tienda a parecerse a los otros, logrando que su propio interés vaya siendo cada vez más el interés ajeno, y luche por éste, luego, igual que si obedeciese al mismísimo ardiente reclamo de su carne y de sus huesos.

Aunque me llega al umbral de las palabras muy directamente asociado yo sé bien que lo que voy a decir es, por su condición, y para orgullo del comunismo uruguayo, un lugar común en la memoria de este auditorio. Pero ardiendo en deseos de sacar de la soledad inconducente de mi corazón el homenaje que él sigue rindiendo desde hace días a ciertos anónimos seres maravillosos, déjenme ustedes evocar en voz alta la confidencia de una chica de la UJC, encargada ella por primera vez de requerir su aporte mensual a los camaradas de La Teja. A uno de los hogares comunistas se dirigió con punzante asombro, pues su contribución al Partido, aun para la modesta barriada, era insólita por lo pequeña: 150, apenas 150 pesos por mes. Y al llegar se encontró con un cuadro tal de pobreza, con tal falta de lo más imprescindible, que sintió ganas de pedir perdón por su propia inferioridad, tan desnudamente revelada, en amar al Partido.

Frente a las continuas, aviesas interrogantes en la prensa, en la radio, en

la televisión, en las tribunas sobre la procedencia del ingente caudal que insume el Partido; ante las acusaciones directas de que "viene de Moscú", he comprobado siempre que ustedes ni siquiera acusan desdén. Pero yo, midiendo que sólo hasta 1904 y desde 1811, jamás se han hecho tantos sacrificios por un ideal social; yo, camaradas, no puedo menos que sentir ganas de llorar a gritos las lágrimas más de junto a la sangre. (¡Ya ven que me va a costar ser un buen comunista!)

AMAR A LA PATRIA SIN DEJAR DE AMAR LA JUSTICIA

Albert Camus, durante la última gran guerra, escribió reprochadoramente a un ex amigo nazi que reconocía serio porque su país, Alemania, lo era: "Yo quiero amar a mi patria sin tener que, por eso, dejar de amar a la justicia". Yo también, camaradas, así lo quiero para mí. Y por eso vengo a ustedes. Porque es espantoso amar a un Uruguay poblado de seres en la miseria, golpeado por la prepotencia, de arriba abajo cruzado por la iniquidad. Y sé que el comunismo tiene por finalidad que en la redondez del globo la misma palpitación abarque en un solo haz a la justicia y a las patrias todas. En nada podré prestarles colaboración, seguramente, compañeros. Pero, al menos, que tanto candidato predencial, que tanto prócer, que tanto amanuense acentúen la mancha sobre su nombre aplicándome también a mí los dicterios de fomentador de odios, de desafecto a las tradiciones nacionales, de sustentador de ideas foráneas (ignoraba yo que los enciclopedistas eran charrúas o bohanes y la Revolución Francesa una patriada oriental); que se me acuse, como a ustedes todos, a mí también de vendepatria.

Pero además de estos para mí poderosos motivos de inclinación, llegaron a mi alma coadyuvantes elementos de naturaleza muy especial, que hacen rebozar de alegría el corazón. Por causas de todos conocidas, hace un tiempo yo empecé a relacionarme ligadoramente con integrantes de la U.J.C. Dije en otra ocasión: "Conocí entonces a jóvenes del Partido que, a las pocas horas de salir de la Jefatura de Policía o de las comisarías, reiniciaban su actividad política ostentando aún sus moretones, sus chichones, sus magulladuras sin aludir con una palabra a éstos, como si los sufrimientos padecidos no fuesen otra cosa que uno de los tantos servicios a su Partido" y agregaba: Yo, un viejo llorando, contemplé a muchachas y muchachos comunistas augustos en su dolor sin lágrimas ante los cadáveres de sus primeras víctimas: Líber, Susana, Hugo. Y los vi al día siguiente, más serios que nunca, más callados que nunca, seguir cumpliendo su militancia", con altiva conciencia, señalo ahora, de la verdad tremenda que el viejo Augusto Rodin glorioso graba en estas palabras: "A los hombres no se les puede hacer bien impunemente".

Me fue dado percibir su afán, ya a sus pocos años, de interpretar los fenómenos de la realidad del Uruguay y del mundo, y, para ello, la insistencia en su preparación teórica, sin la cual la siente subjetividad aniquila al nacer los datos de la más directa de las experiencias. Y comprobé algo que, para mí, desde niño, en la vida de relación, ha sido tan decisivo como el pan: el cariño de hermanos entre muchachos de las oficinas, de los talleres, de las fábricas, de los más rudos trabajos artesanales y de los provenientes de ambientes privilegiados, con esos estudiantes lanzados a la acción política por sentir que el claustro no debe enclaustrar sino durante las horas de clase, haciendo coincidir así su conducta, tal vez sin saberlo la mayoría, con el responsabilizante pensamiento de Nietzsche: "¿De qué vale un libro que no sirve para transportarnos más allá de todos los libros?".

Y no por la necesidad de servir escrupulosamente a su causa se agostaba en ellos la verde lozanía de la edad, el ansia juvenil de expansiones. ¡Si lo sabré yo que en muchas oportunidades soporté —¡claro que resignado!— en mi casa, hasta la madrugada sus risas y sus, a veces, realmente muy hábiles rasgueos de guitarra y sus canciones! Pero todo esto supeditado a los reclamos del deber. Como si constantemente les llegase una voz ilustre, la aleccionadora de

Lamartine: "¡Viva la juventud... con tal de que no viva siempre!".

MIS AMIGOS DE LA U.J.C.

En efecto: mis amigos de la U.J.C., a quienes estaba queriendo yo como a mis hijos, avanzan en la vida dispuestos a alcanzar la madurez bien habilitados ya para ensanchar más y mejor su ámbito de acción política, no dejando a la naturaleza que obre por sí sola, y casi siempre con retardo, en hacer de quien llega a los cuarenta años cada vez menos el mozalbete, o atropellado o indiferente, que se resiste a dejar de ser.

Y me causaba nuevos asombros otra percepción igualmente conmovedora: la de cómo habían frenado, asimismo, esa aspiración, arrastrante en el joven —y por lo tanto tan disculpable— a situarse en planos de lucimiento, a protagonizar acciones importantes, bien desdeñoso, cuando es noble, de que su frente acaso pueda llegar a ser circundada por las espinas del martirio.

Viene justamente aquí lo que cierto personaje de Kazanzakis (y perdónenme tal borbotón de citas) advierte a un interlocutor: "No, tú no eres un revolucionario; tú eres un hombre en revolución".

Observando a aquellos muchachos y muchachas yo comprobaba cuán rápidamente habían sorteado los efectos del violento encontronazo de los sueños idealizantes del adolescente con esta sociedad fea por sórdida, cruel por inhumana. Claro que el origen de la conciencia revolucionaria es, necesariamente, frente a la entronización de iniquidades, una intensísima sublevación del ánimo. Recordemos juntos, ustedes y yo, aquella alta noche en que, a solas don Quijote; a solas, ya sin Sancho, y con una vihuela que no era suya, canta "con voz ronquilla pero entonada".

"Suelen las fuerzas de amor
sacar de quicio a las almas",

sin comprender que estaba dando razón de su locura; la locura, para los —por cobardía o por sordidez— demasiado cuerdos, de "empeñar su hacienda, dejar su regalo y, cayendo allí, despeñándose acá, levantándose acullá", sostenerse animoso en su luchar contra todo lo negador de la vida. Y locura diferente, pero locura al fin para el lúcido hombre de hoy, apenado si repara que la interposición de más de doscientos años no le concedió al Señor de los tristes, como lo llamó Darío, escuchar a Engels y escuchar a Marx, los tres muy sentados en el poyo del portal de una posada, él bebiéndoles las palabras. Ello fatalizaría que, en vez de trotar nada más que con su Sancho amigo, hubiera, bien, bien al tranco, ido atrayendo tras sí a los labradores y aldeanos y artesanos sin fortuna que bordeaban su camino, proclamándoles, ya que, desdichadamente, no el Miniflesto Comunista, al menos lo que una noche, bajo las estrellas dijo a un corro de cabreros en éxtasis: "Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque el oro, que en nuestra edad tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de "tuyo" y de "mío". Eran en aquella edad todas las cosas comunes..." Agregándoseles entonces a sus indigentes auditores, impulsado por su tan reciente y, por cierto, tan de primera mano incitación a aceptar el materialismo dialéctico que si bien Edad de Oro no hubo nunca, contra viento y marea la habrá pronto y para siempre.

"Suelen las fuerzas de amor
sacar de quicio a las almas..."

¡Claro! ¡Sí! Hay raptos de desesperación en el alma noble al asomarse por las primeras veces al ámbito de la patria y del mundo. Pero cuanto mayor sea la potencia de los íntimos sacudimientos, mayor tiene que ser la urgencia en buscar apoyo. ¿Dónde? Sólo en la mayestática razón. Sólo así el alma en revolución se convierte en revolucionaria, como lo comprendía el personaje del novelista griego. Y a la luz y bajo el señorío de la inteligencia es que, entonces, se adelantará sin miedos; hasta el holocausto, sí, pero siempre que él sea de efectivas resultancias.

Estos ensimismadores muchachos de la U.J.C. habíanse impuesto, como si

fuesen comunistas hechos y derechos ya, a su propia naturaleza, tan cargada a esa edad de impulsos de raíz poderosamente individualista. De ahí su optimismo combativo, la fe en su sacrificante ideología, su receptiva subordinación a esa renovadora docencia estoica, sí, estoica (como podrían calificarla tal vez quienes saben de filosofías), ejercida celosamente por el Partido. Y de ahí en este país y en medio de las lamentaciones quejumbrosas, del escepticismo suficiente, del letal tedio gris de unos y de otros —a ojos vistas hoy cada vez en número menor—: en medio de tal atmósfera estéril y esterilizante de ahí el implícito, jocundo reconocimiento de la suprema belleza de la Vida en ése su dejarse plasmar, ella, no importa que con sacrificios, por las ansias de los hombres solidarios, puros y valerosos.

Muchas veces, en casa, desde contigua habitación, yo escuchaba conmovido a cónclaves de ellos sentados en cuanto libre espacio deja mi escritorio. Y cierta noche que no olvido, estuve, lo que nunca, aguardando ansioso a que se fueran porque, compañeros, ansiaba tomar de mi lugar de trabajo el viejo libro tan frecuentado a lo largo de mis años, no por lo que fulgura allí en aspiraciones metafísicas sino por su rezumar tanto amor al hombre en esta tierra, y por la que para el hombre reclama, a veces con atroz iracundia, de justicia social.

Al fin pude llegar allí. Retiré la Biblia y busqué en Amós, el profeta de hace veintiocho siglos, ya:

"Oíd esto, los que tragáis a los menesterosos, y taláis a los pobres de la tierra.

"Diciendo: (Recién) cuando pasare el mes, venderemos el trigo; y (recién) después de pasada la semana, abriremos (la venta) del pan; y achicaremos la medida, y aumentaremos el precio, y falsearemos el peso.

"Y compraremos a los pobres por dinero, y a los necesitados por un par de sandalias, y (hasta) venderemos los desechos del trigo"

Y, después, di en Isaís, el Profeta sublime, también de hace dos mil ochocientos años, que clama:

"Ay de los que establecen leyes injustas y determinan tiranías; por negar justicia a los pobres y quitar el derecho a los afligidos; por despojar a la viuda y robar al huérfano".

"¡Ay de los que juntan casa con casa y allegan heredad con heredad!".

Y que promete, todavía convulso por la ira:

"(Los hombres) edificarán sus casas y morarán en ellas; plantarán viñas y comerán el fruto de ellas.

"No edificarán y otro morará; no plantarán y otro comerá"... "No trabajarán en vano ni parirán con miedo.".

LO MAS BELLO DE SU EXISTIR

Por esas ansias de una llana y lisa justicia social, en ocasiones de contenido metafísico; y en otras, enteramente desnudas de religiosidad; por esos recónditos anhelos confluyentes desde rutas y desde tiempos diferentes es que, me decía yo, todavía tan jóvenes dedican alegremente altivos lo más puro, lo más bello de su existir esta real flor de la edad, estas muchachas y muchachos comunistas. Y allí en mi cuarto de trabajo, flotante todavía el humo de sus cigarrillos, seguía pasando, pasando hojas; siglos, por consiguiente, hasta llegar al Jesús valeroso quien, al retomar la acallada con violencia concepción profética de la divinidad —un Dios que sin clemencias, sin clemencias, promete no perdonar la explotación del hombre por el hombre—, parejamente se hace vocero, a sí mismo, ¡y con qué violencia!, del casi milenario anhelar de frenéticos nables exigentes de una conmoción social hasta la raíz; anunciadores impositivos de una revolución que, después, en cada época de nuestro mundo occidental y cristiano, han ignorado millones y millones de inocentes cristianos en la miseria y por eso, no la pudieron llevar a cabo. Y salteando los evangélicos pasajes que siempre se mencionan, me detenía en aquéllos —imposibles de otra interpretación que la literal y terrible— donde no corresponde, por cierto la imagen de infinita, beata mansedumbre con la que ya va para dos mil años, se ha configurado al viril profetizador que murió en la cruz. Así, mis

ojos me llevaban a resonar iracundamente en mis oídos: "¡Generación de víboras!..." "Sepulcros blanqueados por fuera, y por dentro llenos de huesos y podredumbre...", "Allí será el llorar y el crujir de dientes...". "¡Ay de vosotros los que estáis hartos!; porque tendréis hambre!" "¡Ay de vosotros los que reís, porque lamentaréis y lloraréis!"... Y esto todavía: "No penséis que he venido a meter paz en la tierra sino espada..." "Porque he venido a poner disensión, al hijo contra el padre, a la hija contra la madre, a la nuera contra la suegra". Y aun: "El que no tiene espada, venda la capa y cómprela..."

Y llegaba a las páginas últimas, al "Apocalipsis"; allí donde San Juan el Teólogo revela cómo se le apareció Jesús: "... con ojos como llamas..." "en su boca una espada afilada de dos filos", y donde revela la amenaza que le escuchó, de pelear "con la boca como espada..." de "herir de muerte a sus hijos...".

Ya asomándose el alba, en esto me embargaba yo al imaginar que cuando de la garganta de las muchachas y muchachos de la UJC irrumpe "La Internacional" proletaria, y con sus estrofas golpean en todos los tímpanos, muy bien pudieran despertar ecos de aspiraciones abortadas tan lejos en el espacio y en el tiempo, impulsando su vuelo hacia aquí y hacia esta hora, para concertarse con ella y otra vez flamear reclamantes en la voz de juveniles labios uruguayos.

Enternecido, acaso ya sonreía yo con una dicha que en modo alguno merecía, cuando, de pronto, me abrumó la desolación. Porque comenzó a aparecérseme cada vez con menos vaguedad y cada vez más reprochante, mi propia juventud tensa de amor y, consecuentemente —recuerden la canción de don Quijote—, azotada por ráfagas de desesperación y en absurdos ensueños de heroicos sacrificios inconducentes.

"Ya es tiempo de que se haga por los hombres algo más que amarlos" rememoré que yo escribí hace ya casi cuatro décadas en "Sombras sobre la Tierra". Sí, lo puse pero, aunque llorando, permanecí como atado desde atrás y por lazos invisibles. Ahora, ahora parecía surgir en la habitación y responderme, otro de mis personajes —atado como yo y como el desdichado hormiguero humano que bulle en la novela— inmóvil al borde y sin sus huellas del camino de la evolución que conduce a una sociedad igualitaria.

¿Cómo explica tal personaje su soportar el cínico sufrimiento de no librarse de las cadenas de su partido tradicional? Dice: "Es que no se trata de abandonar vivos; se trata en nosotros, de abandonar muertos, nuestros muertos!..."

A lo que Barret habría advertido: "El amor no conserva, renueva y transfigura".

Después, en altas horas de una noche así, idos igual que antes de mi casa mis muchachos comunistas, tratando de poner en orden las ideas que ellos me despiertan siempre, envuelto ya por esa soledad donde hasta el silencio se hace sensible, y en que suelen, de pronto, aparecer fatídicos fantasmas, fui llevado a ensemismarme en la meditación de lo que, en tantos, tantos años había hecho yo de bien y no había hecho, cuando, intempestivamente, di en la creación literaria mía donde quedó mi corazón al desnudo. Y entonces, recordé un estudio agudísimo, por muchos conceptos sorprendente, escrito al salir "Sombras sobre la Tierra" por un comunista de veinte y, tal vez algún año, a quien yo y la mayoría de la gente todavía no conocíamos. Ya habían aparecido, inusitadamente —pocas veces ocurrió esto aquí—, casi sin solución de continuidad, apreciaciones de doce o catorce figuras cimeras de las letras del país por su versación y su labor creadora: don Carlos Reyles, Montiel Ballesteros, Alvaro y Gervasio Guillot Muñoz, Vaz Ferreira, Emilio Oribe, Juana de Ibarbourou, Fernán Silva Valdez, mi hermano Justino Zavala Muniz, a toda hora, como yo, de rodillas en los altares de la patria; amador enternecido como yo, de los oscuros seres de la gleba santa, la realmente representativa, en sus defectos y en sus virtudes, del alma nacional cuya evolución sin desvíos preten-

demos: mestizos de indios (más abundantes de lo que se supone) pardos, negros y blancos; todos incultos y menesterosos, que tanto, tanto nos enseñaron para que nuestras almas y nuestros escritos resultaran un poco mejores de lo que nosotros por sí solos y con nuestra bien asimilada cultura universal habríamos podido lograr. Y enjuiciaron la obra, asimismo a las primeras semanas de su aparición, el Dr. Eduardo J. Couture, el Dr. Gustavo Gallinal, y mi Lauro Ayestarán, a quien su bellísimo ensayo le costó el puesto de crítico en "El Bien Público" por haber hecho elogios sin reticencias a obra tan inmoral en el concepto de la dirección.

"ARISMENDI, AUNQUE DEMASIADO, DEMASIADO TARDE, AQUI ESTOY"

Quedó, pues, "Sombras sobre la Tierra" bastante estudiada, desde las primeras semanas de su aparición, en su contenido moral, metafísico, psicológico, folklórico y costumbrista, poético, técnico. Pero extrañamente —y por causas muy repetidas en el arte aunque difíciles de explicar, y más sin tiempo, como ahora—, extrañamente, digo, un aspecto de la obra quedó sin siquiera ser rozado. Ni Vaz Ferreira, que me quería tanto, a nadie habló, ni en nuestras largas conversaciones sobre la novela a mí me habló nunca de esto. Y esto, esto, esto —complementado casi enseguida por otro marxista, el Dr. Enrique Centrón, con cuatro penetrantes ensayos— esto fue lo que, precisa y exclusivamente, enfocó aquel hombre y comunista incipiente, hundiendo la sonda crítica hasta tocar en la llaga viva de mi corazón.

Compartamos, compañeros, algunos párrafos de este estudio. Con el de Centrón, se mantiene solitario todavía hoy, a pesar de todo lo que, honrándome con cariñosa exageración —yo jamás, en estas cosas, he perdido la cabeza—, se ha seguido escribiendo sobre mi novela.

"Yo soy un estafado, Margarita" —ha dicho, en una hora, Juan Carlos a una prostituta.

"Y en esta queja del protagonista hay que buscar la clave para una ubicación del autor.

"A través de "Sombras sobre la Tierra" asistimos a la muerte de cada uno de los valores en que ha creído y ha sido educado el novelista. La familia, la tradición partidaria de su padre, el orgullo de la ciencia oficial administrada y distribuida por el Estado, todas sus creencias, caen al suelo ante el espectáculo de la injusticia social. El novelista ha sido estafado en su fe y en sus esperanzas. En la profundidad de su conciencia apuntan los gérmenes de superación. Pero, mientras tanto, resabios de sus viejas creencias gravitan en él. Así, junto a poderosa reproducción de la realidad dolorosa del "bajo" que barre toda ilusión sobre la naturaleza de la sociedad en que vivimos, se alza el perfil desesperado de Juan Carlos, que grita inútilmente: "¿Qué hacer?".

"'Sombras sobre la Tierra' se torna una pregunta hecha al novelista. O por el camino de Juan Carlos, hacia el suicidio, la caña o la religión. O por el triunfo y la comprensión del mundo doloroso que se pinta, hacia el marxismo y la revolución.

"Están los dos caminos. 'Sombras sobre la Tierra' los contiene en una contradicción semejante a aquélla que Lenin señalara en la profundidad de la obra de Tolstoi...", etc., etc.

Y finaliza:

"Sólo un método y una clase pueden dar a Paco Espínola las herramientas para salvar esa contradicción. Esa clase es el proletariado y su concepto de interpretación y transformación del mundo, el materialismo dialéctico.

"Los que nos hemos acercado con cariño a su obra, esperamos que Paco Espínola vea alzarse en la noche desesperada de Juan Carlos la estrella de cinco puntas, roja como la liberación".

Camaradas: el jovencito comunista de aquel entonces —fines de 1933 o principios de 1934— es hoy el Primer Secretario del Comité Central del Partido Comunista uruguayo.

A él le digo, ahora:

—Arismendi, aunque demasiado, demasiado tarde, aquí estoy.